

delirio, es respetable y subversivo, pero se transforma en pesadilla al convertirse en obligatorio para quienes no comparten tal pasión.

Nos está vedado proponer un programa positivo del Nuevo Mundo Amoroso. El falansterio de Fourier es el sueño de un hombre solo, y lo único que sabemos de cierto es que la armonía pasional, si algún día llegara a realizarse tal cosa, será fruto del minucioso concierto de los sueños de todos los hombres. Entre tanto, hasta que el tiempo acaba, nuestra única tarea será la negación de los proyectos sociales que se pretenden únicos y definitivos: que el escepticismo militante nos impida exaltarnos por ningún totalitarismo, aunque sea el de la pasión... ■ FERNANDO SAVATER.

## Poulantzas: «Fascismo y dictadura»

La aparición de *Fascismo y dictadura*, de Nicos Poulantzas (Siglo XXI, Madrid, 1973), supone una buena ocasión para intentar trazar un panorama de la obra de este autor. Heredero, en algún grado, de la metodología de Althusser, Poulantzas carece, en cambio, del estilo sugestivo y absorbente de aquél. Esto no pareció ser obstáculo para que su primer libro (*Poder político y clases sociales en el estado capitalista*) alcanzara una considerable popularidad; incluso entre nosotros, donde parece existir ya una verdadera «moda Poulantzas».

*Fascismo y dictadura*, su segundo libro, supone la aplicación del formalismo desarrollado en el primero a un problema histórico concreto: el nacimiento, ascensión y naturaleza de clase de los fascismos, especialmente en sus formas alemana e italiana. El texto se subtitula «La III Internacional frente al fascismo»,

puesto que lo que se pretende en él es analizar la corrección o incorrección de la línea presentada por la III Internacional frente al auge de los fascismos.

Las tesis cruciales de Poulantzas pueden agruparse entonces en, al menos, doce series: a) sobre la línea de la Internacional, que para Poulantzas descansaría en el economismo, el abandono del internacionalismo proletario y la carencia de una línea de masa; b) sobre la naturaleza del fascismo: frente a las tesis más conocidas (por haber sido las de la Internacional), Poulantzas afirma que el fascismo no corresponde a una ofensiva de la clase obrera, sino que es el cambio correspondiente a la crisis de Estado provocada por la ofensiva del gran capital por adquirir la hegemonía dentro del bloque dominante. Este cambio se efectúa por la creación de un partido de masas (el partido fascista) basado en la pequeña burguesía y en el proletariado infiltrado por la ideología pequeñoburguesa. En una primera etapa es este partido el que alcanza el poder, convirtiéndose la pequeña burguesía en clase reinante, mientras que el cambio así provocado otorga la hegemonía dentro del bloque dominante a la fracción grand capitalista de la burguesía. En una segunda etapa la pequeña burguesía pierde sus atributos de clase reinante, siendo desplazada de las instancias superiores del aparato de Estado por los representantes del gran capital. En esta segunda etapa desaparecen los matices «anticapitalistas» propios del sindicalismo fascista, y aparece clara la función del Estado fascista: no sólo garantizar la hegemonía del gran capital, sino también permitir el mero funcionamiento del sistema capitalista —ya en la etapa monopolista— a través de la creación del Estado intervencionista.

Los desarrollos de Poulantzas podrán ser

discutibles, pero es innegable su atractivo. En particular, para comprender los actuales problemas de las organizaciones de vanguardia resulta crucial la forma en que Poulantzas subraya cómo el economismo de la III Internacional —economismo del que no absuelve a Trotsky, lo que ha provocado las ortodoxas iras de Bensaïd en Francia— fue el responsable de la no consecución del frente único (condenado al fracaso desde el momento en que se le pretendía relegar al limbo de lo «puramente» económico, negándole así su función de organización unitaria del proletariado).

Dentro de la línea de independencia de Poulantzas —que, por su puesto, no sólo le ha ganado las iras de los trotskistas franceses—, un buen ejemplo sería el artículo «Les classes sociales», recién traducido al castellano por ZYX con el título —a mi parecer oportunistas— de *Clases sociales y alianzas por el poder*, y precedido de un prólogo tan pretencioso como trivial. En este texto, Poulantzas cuestiona varios de los puntos estratégicos más queridos del PCF. Conviene destacar dos cuestiones: la primera, la insuficiencia de los análisis del PCF sobre el capitalismo monopolista de Estado y la lucha antimonopolista. En este sentido es obvio que los teóricos del PCF esquivan sistemáticamente la cuestión del capital medio, al que adjudican unos intereses antimonopolistas cuando menos discutibles (puede verse, a este respecto, la cuestión de la interacción entre media y gran industria en el texto de Dellez sobre los monopolios: de este análisis no resulta, ni muchísimo menos, que el capital medio tenga, masivamente, intereses antagónicos a los del capital monopolista).

La segunda cuestión a destacar sería la de la alianza de las fuerzas

del trabajo y la cultura, es decir, la de la posible convergencia entre los intelectuales —categoría— y el proletariado —clase—. Para Poulantzas, «nada prueba que actualmente la pequeña burguesía intelectual vea disolverse sus intereses propios en los de la clase obrera, pese al hecho de que es cada vez más susceptible de colocarse al lado de la clase obrera». Es obvio que en este caso Poulantzas ha sido incapaz de usar el propio formalismo por él introducido. Pues es claro que existe un sector de la «pequeña burguesía intelectual» cuyos intereses objetivos son (tendencialmente) los del proletariado: se trata de los intelectuales ligados al proceso productivo, productores de plus valía. El comprobar que tales intelectuales existen y que su importancia crece es sencillo. La cuestión a plantear, la cuestión que Poulantzas pretende ignorar y que será, por tanto, materia de investigaciones ulteriores, es múltiple: 1) formas de conciencia que se dan en los intelectuales cuyos intereses objetivos son convergentes con los del proletariado; 2) contradicciones entre los intelectuales no proletarizados objetivamente y el capitalismo monopolista de estado; 3) políticas derechistas, que pretenden enmascararse mediante la utilización (manipulación) ideológica de cuestiones como la revolución científica-técnica o la proletarización de los intelectuales. Resulta claro que la raíz del debate está bien alejada de lo puramente académico. ■ LUDOLFO PARAMIO.

## «El siglo de las sombras» o a vueltas con la poesía social

Ricardo Lezcano había publicado dos libros de versos, en el 44 y en el 45. Años más tarde,

él y su hermano Pedro fueron los «sostenedores» —¿qué término sería el más exacto para nombrar esa oscura y difícil tarea?— del Teatro Insular de Cámara. Ahora, tras sus casi treinta años de silencio poético, acaba de publicar, en la Colección «Saco Roto», de Editorial Helios, su tercer libro de poemas, «El siglo de las sombras».

Libro entrañable este que da fe de la peripetia —ingrata y muy dentro de ciertos radicalismos «a la española»— de nuestra «poesía social», saludada un día como el único camino decente, denostada luego por su simplicidad. Como si en ella —como en casi cualquier parte— no hubiera de todo, y junto al esquemático golpe de pecho dictado por la moda, no estuviera la poesía de la solidaridad sensible y esclarecedora.

Con las clasificaciones pasa siempre lo mismo. Que se ensalza o entierre la etiqueta, sin pararse en distinguir lo que, etiquetadas aparte, merece, por vivo, recordarse o, por mimético, meterlo en el gran lote del «ismo» arrinconado. ¿Qué sentido tendría, por ejemplo, rebajar el valor de este libro en función de los límites y posibles abusos de algunos cultivadores de la «poesía social»? Pedro Lezcano, hermano del poeta y autor de un breve pero muy sustancioso prólogo, alude a la quiebra de la idea de la influencia del arte en la transformación del mundo. ¿Sería esa una razón para rechazar la «poesía social» y cuanto hay en ella de voluntad de denuncia? Pedro Lezcano responde: «Tengan o no al olvido por destinatario, sirvan o no sirvan al ideal que alienten, ¿no será siempre lícito que los mortales escriban sobre la muerte, que canten el amor en tanto aman, que clamen por la libertad mientras arrastran una sola cadena?».

En definitiva, el sencillo libro de Ricardo Lezcano pone otra vez ante nuestros ojos el pe-

ligro de una crítica que intente explicar las obras de arte por la presencia de algunas constantes, ocupando la teoría del «ismo» en que se encuadra el lugar de la obra, con su sangre y sus características propias. El método acaba en tales casos por devorar la obra y arruinar el propósito crítico.

A Lezcano —como a Brecht— le gustaría hacer versos a las rosas y a los ruiseñores. Le duele que el hambre y otras realidades sociales se lo impidan. Pero no por una «cuestión de principios», no porque necesite lavar en público su conciencia, sino porque se trata de realidades que, sin criterio retórico, acaban mezclándose a la suya, siendo, inevitablemente, una parte de sus realidades más íntimas.

Libro lleno, vivo, coloquial y amigo este de «El siglo de las sombras», poesía (tomado el término en el sentido de creación) de lo evidente y tantas veces machacado. ■ JOSE MONLEON.

## Una crónica de nosotros

Pensar que el último libro de Cesc, «Desarrollo & Desarrollados, Sociedad Anónima», es un libro de humor, resultaría, por nuestra forma diaria de destruir el lenguaje y esquemáticamente, una insuficiencia. Porque si bien Cesc utiliza la caricatura, la ironía, la paradoja y el humor, su visión es la de un hombre aterrado ante su entorno, que observa y grita, y que para hacerlo nos dibuja a todos, se dibuja a sí mismo, en una especie de cruel crónica de nuestro tiempo y nuestro paisaje. Sus dedos, sus embudos, sus televisores (ese bombardero que arroja televisores y destroza ciudades), sus micrófonos, sus jaulas, son sólo una expresión plástica, directa, casi fotográfica, de lo que todos los días Cesc vive y ve.

(Pasa a la pág. 53)